

## LA FILOSOFIA TOMISTICA

### EN VENEZUELA

*Al doctor J. L. Perrier (1)*

*(Conclusión)*

TERCER PERÍODO

(1848-1916)

*Manuel Dagnino.*—Nació Dagnino bajo el cielo espléndido de Italia en 1834, pero fue llevado por sus padres a Venezuela en 1842. En abril de 1845 entró al colegio nacional de Maracaibo y, recibido que hubo las borlas de doctor en medicina, se dedicó al cultivo y enseñanza de la filosofía tomística.

Al inaugurar la universidad del Zulia, de la que fue primer rector el doctor Ochoa, dejó escapar en un discurso una protesta contra quienes, años atrás, habían implantado el *Lugdunensis* como texto. Pero, antes de pasar adelante, digamos que si Dagnino es el primer filósofo venezolano, fue gran novelador, buen dramaturgo, imparcial historiador y excelente médico; porque suyos son el conocido *Tratado sobre la fiebre amarilla*, *Los Misterios del Lago*, novela de género descriptivo, la *Biografía del doctor J. de J. Romero*, de quien ya nos ocupamos, y *La hija de las palmeras*, *Los catalanes en Bizancio*, *El ángel del hogar*, *El romanticismo en casa* y *Dos perversos menos en mi patria*, dramas en los cuales siempre se persigue un fin excelente.

No obstante, la literatura no era la atmósfera del doctor Dagnino, nacido para metafísico y no para dramaturgo ni médico.

Su cualidad principal es el análisis.

(1) Véase el número anterior.

Como filósofo católico, rinde a Balmes tributo de admiración y agradecimiento; porque quiso Dios que el restaurador de la escolástica en Europa, lo fuera en Venezuela, como dejamos dicho. Las siguientes palabras nos darán luz sobre alguna parte de este escrito y pondrán en su punto la estimación que el hijo adoptivo de la patria de Bolívar profesara al filósofo de Vich: «El Padre Rincón, renombrado catedrático de filosofía, se desligó, por decirlo así, de la tradición, implantando como texto la *Filosofía* de Balmes. Fue un verdadero progreso intelectual la elección de tal filósofo para las aulas zulianas, que, además de lo riguroso de sus doctrinas, traía a los claustros, para trascender luego a la publicidad, la pureza del lenguaje y la robustez en las formas.

«Balmes acababa de morir, joven todavía; pero sus numerosas obras habían penetrado hasta nosotros, como daban la vuelta por el mundo entero, llenas de merecido prestigio que nadie podía arrebatarnos.

«En las clases se discutían y ventilaban las cuestiones fundamentales de toda filosofía bien entendida . . . En la *Filosofía* de Balmes, que es la filosofía cristiana, se ve siempre a la razón examinando, ya se trate de Dios, ya se interne uno a los problemas que al mundo atañen, o que al hombre pertenecen.

« . . . Baste lo dicho para comprender que a la filosofía de Balmes, instituida en nuestro colegio nacional por el doctor Rincón, deben nuestra juventud y nuestra literatura su solidez y su apartamiento de esa que llaman ahora *escuela radical*, especie de pocilga filosófica, en donde caben todo error y toda locura, y cuya piadosa intención es hacer con las modernas sociedades, lo mismo que hicieron los sofistas, los epicureos y los ateos con las sociedades griega y romana: corromperlas para hacerlas esclavas.»

Otro rasgo importante que deseamos no quede olvidado, es aquel en que Dagnino considera a la sabiduría *no como un sabroso estudio que aparta al espíritu de las realidades de la vida, para llevarlo a una región de sueños*, sino como algo trascendental para el individuo como para la sociedad. «La filosofía trasciende a la vida del hombre y de los pueblos, como lo tiene demostrado en cien páginas irrefutables la historia de los antiguos y de nuestros tiempos. Ella es la ciencia de las ciencias, el fundamento de las creencias y prácticas morales y sociales. Se ocupa, como decía Cicerón, de las cosas divinas y humanas, accesibles a la razón; por tanto es y constituye, por decirlo así, la llave y el eje de todo razonamiento; y al tener un país filósofos sobrios, discretos y prudentes, tendrá de seguro generaciones que lo harán avanzar por los caminos de la sana razón y de ajustadas costumbres.» Veamos ahora cada una de sus obras:

En *La vida y Mr. Pasteur*, resuelve Dagnino el problema de la generación espontánea, que fatigó la historia del pasado siglo. Después de una breve exposición de las opiniones de Pitágoras, Hipócrates, Sócrates, Platón y Aristóteles, Demócrito, Epicuro y Lucrecio Caro, sobre el principio vital y su origen, pasa a sostener la tesis de los escolásticos: *omne vivens ex ovo, omnis cellula a cellula*, o, en los términos en que lo enunció Pasteur: *Ni un solo infusorio tiene vida, sino en virtud de gérmenes preexistentes; sin generador no hay vida, ni ha sido posible en ninguno de los momentos de la existencia del planeta*. Y aquí Dagnino consagra la tradición tomística, no aceptada por Mercier (1) de que la forma vital es *simple e inmaterial*, tan concisa como ingeniosamente expuesta y defendida por Monseñor Carrasquilla (2).

(1) Psychol. T. I, n. 26, 27 y 28.

(2) Metafísica, n. 345. Nota al inciso 1.º

En *La razón y la fe*, bebiendo en las fuentes de Balmes, Augusto Nicolás, Gaume y demás apologistas cristianos, defiende Dagnino el sagrado tesoro de la Iglesia. Esta es sin duda su obra maestra y uno de los libros más bellos que hayan sido publicados en América. La belleza de la forma, la solidez del raciocinio y la metódica exposición, corren parejas con el análisis profundo; porque, como bellamente dice él mismo, «a nadie niega la filosofía cristiana el derecho de inquirir; lo que ella desea es que, si se inquiera, no se pierda de vista el punto de partida, para que no suceda de nuevo como en la antigüedad: que lleguen a naufragar en el *maremagnum* de la sofística las nociones más triviales que deben guiar al hombre y a los pueblos.

«Desgraciadamente, agrega, con el libre examen nació el caos en la inteligencia, pretendiendo el hombre de hoy poder renegar del cristianismo, y llegar a ser filósofo sin los auxilios de la revelación. La prueba se ha hecho en grande escala: ahí están los filósofos alemanes, ahí están los positivistas y racionalistas franceses; ahí, a la mano, tenéis al inglés Spencer y a los dos modernísimos de allende el Rhin: Schopenhauer y Hartmann. De todos ellos se derivan los mismos errores que enseñaron los filósofos del mundo antiguo; y con tanto fantasear, con tanto suponer y con tanto negar, no son capaces todos de formar, no digo un pueblo libre y feliz, pero ni siquiera un hombre honrado. ¿Qué lecciones de libertad, ni honradez pueden dar los que hacen del hombre una máquina de locuras y dislates, de inmoralidades supinas y de vergonzosas aspiraciones?

«Pero al lado de la filosofía demoledora, insensata e inútil, está la filosofía cristiana que acepta las grandes verdades que forman como el *evangelio de la humanidad*. Verdades que fueron vistas o entrevistas por algunos buenos filósofos de la antigüedad y que, con-

firmadas, aclaradas y extendidas por el cristianismo, han sido y son la base de la conciencia pública y privada, norte de las naciones y fundamento incommovible de las ciencias sociales, políticas y morales. Demostrar por el razonamiento y la abstracción esas verdades fundamentales, deduciendo otras verdades que trascienden en la vida pública y privada, tal es la filosofía cristiana.»

Dagnino tituló *Ensayos críticos sobre algunas teorías filosóficas sobre la divinidad*, un trabajo a penas inferior a *La razón y la fe*, en el cual refuta victoriosamente las doctrinas panteístas de Espinosa y Cousin, y las materialistas de Vacherot y Prudhon, y, por fin, en *La mujer*, examina la influencia del cristianismo en la sociedad y alcanza a ser original donde Fenelón y Catalina pusieron sus garras de león.

Las indicadas, son las cuatro obras filosóficas de Dagnino; pero su influencia ha sido más directa sobre la juventud, porque ha sido largos años profesor en la universidad del Zulia. Pocos americanos, en fin, le han aventajado en el conocimiento de las escuelas filosóficas y menos todavía en la labor restauradora de las doctrinas del Angélico Doctor, porque Dagnino es uno de esos hombres en quienes las ideas lo representan todo, que piensan bien y obran como piensan.

Jesús María Portillo (murió en 1889), escribió un *Juicio crítico sobre Balmes*, a penas inferior al maestro de nuestro doctor Mora.

En *La ciudad de Maracaibo*, trae Portillo algunas buenas cuanto curiosas noticias sobre el desarrollo científico de aquella ciudad, de las que nos hemos valido para este trabajo.

Justo es reconocer en Portillo un propagador incansable de la doctrina filosófica cristiana y un restaurador de la tomística en Venezuela. Buenos, como suyos, son igualmente los opúsculos titulados *Definiciones de Derecho* y *Comentarios a la Constitución Federal refor-*

*mada*, elogiados por escritores como Ochoa y Raimundo Andueza.

*Francisco Eugenio Bustamante*, con tintes volterrianos y rasgos de discípulo de Prudhon, que a veces se burla de las religiones y siempre se muestra librepensador, es el autor de una obrilla titulada *El gran libro*, que guarda, bajo una forma literaria excelente, un veneno letal.

Conciso e insuperable nos parece el juicio crítico de Portillo sobre este libro: «Excelente opúsculo si se le considera bajo el aspecto literario, pero inaceptable en el terreno de la filosofía católica. El autor es muy ilustrado, pero librepensador» (1).

Y pensamos que no irá muy lejos de Bustamante el doctor José Gil Fortoul, hombre de gran talento, nacido, si no vamos mal en las noticias, en Barquisimeto, en 1862.

Imposible es pasar por alto sobre Gil Fortoul, en cualquier recuento del desarrollo de la filosofía en Venezuela, porque es el pensador más alto de la escuela transformista y el fundador de lo que bárbaramente llaman todavía *sociología* venezolana en la patria de Bello.

Numerosas son ya las obras del doctor Gil Fortoul, y conocidísimas, además, la *Historia Constitucional de Venezuela*, la *Filosofía penal*, *El hombre y la historia*, la *Filosofía constitucional*. En las cuales se ve a las claras las influencias spencerianas, más un salpique de libre pensamiento y materialismo. Para Gil Fortoul es un hecho la transformación de las especies, principio en el que funda la *Filosofía constitucional* y que sirve de base a su sistema.

Reconocémosle, lo repito, gran talento y vasta ilustración, y si fuera un enemigo hidalgo le tributáramos

(1) La Ciudad de Maracaibo, p. 35.

admiración. Pero él, que invoca tan a menudo *las últimas palabras de la ciencia*; él, que nos moteja de retrógrados y obscurantistas tantas veces; él, que llama al cristianismo un mito, y una mentira la influencia del catolicismo sobre la mujer, no tiene derecho a nuestro reconocimiento, que en esto seguimos una máxima de Voltaire: *Negad los honores del genio, al que abusa de sus facultades.*

¿A qué tanta injusticia contra esa religión que constituye lo mejor de la humanidad? ¿Acaso no impone silencio esa sublime institución que no es otra cosa que la historia de la Divinidad, escrita por doscientos cincuenta pontífices, con la sangre de treinta millones de mártires, sobre el polvo de veinte centurias?

Pero si el doctor Gil Fortoul no respeta la obra del Hombre Dios, ¿cómo pretender que los hombres respeten sus teorías?

Y hay que saber que la argumentación de este escritor venezolano a menudo no es robusta, pero sí lo suficientemente clara para dejar ver un sofisma bien urdido; que cuando trata el hombre de elevar la pirámide de la ciencia sobre movediza arena, no puede menos de gastar energías dignas de mejor causa, que van de seguro a un fracaso completo, y, nuevo Icaro, si logra levantarse, de repente despréndesele las alas, y el golpe será más doloroso cuanto mayor la altura.

¿A qué, doctor Gil Fortoul, tanta fatiga en buscar esqueletos y pedazos de tallada sílice; a qué tanto trabajo en desgarrar las entrañas de la tierra; a qué hablarnos de *idas e idantes, de plastidios, bioblastos, micelios y gemarios*, de selección *historial* y *bióforos*, de *somas* y *bathybius*, si cada hueso hallado, si cada piedra encontrada, si cada fenómeno observado es una ironía cruel de la naturaleza contra los transformistas?

Y en cuanto a la faz antropológica del problema, no parece ser menor la crueldad de las burlas de la

madre común, de cuyo seno se han arrancado los humanos fóciles. Interróguese, si no, al cráneo de *Engis*, como a los de *Neardenthal* y *Egisheim*; a los esqueletos de la caverna *Spy*, como a los de *Mähren*, *Moustier*, *Ferrassie* y *Chapelleaux-Saints*; a la mandíbula de *Mauer*, como a la de *La Naulette*; a la pieza del esqueleto de *Gannstatt*, como al fémur, dientes y casquete encefálico que Dubois nombró del *Pithecanthropus Erectus*; interróguese, por fin, al llamado *Dryopithecus* de *Saint-Gaudens* y a los conocidísimos restos de *Puy-Moyen*, *Malarnaud* y *Gibraltar* y, de seguro, doctor Gil Fortoul, responderán con la socarrona sonrisa de las calaveras... ¡Es la burla de la naturaleza a las insensateces de los hombres!

Porque, peregrina me parece aquella hipótesis de que la lucha por la vida privara al gorila de la vellosa piel, para condenarlo a los rigores de la intemperie. Y no menos curiosa pareceme la invención sorprendente de que esa misma lucha por la vida hiciera olvidar al chimpancé la sencilla alimentación vegetal, para condenarlo a más molesto género de nutrición. Más dignos, empero, son de considerarse estos otros dos acontecimientos: que el mono convertido en hombre, resultara dibujante correctísimo y grabador excelente, como pruébanlo los renjíferos tallados sobre huesos que se conservan en el museo de Londres; y que al otro día de la transformación, el hombre empleara ritos funerarios, que necesariamente envuelven la idea de la inmortalidad.

Esto, doctor Gil Fortoul, revélase como más contradictorio que el cristianismo, y las anteriores acusaciones son *hechos*, no *calumnias*.

Luégo vienen en la *Filosofía constitucional* las lógicas consecuencias de las premisas sentadas: el hombre primitivo fue un salvaje, sus ideas, sensaciones más perfectas; el miedo lo hizo creer en Dios y como

esa fe ha sido un yugo; debe separarse de la ciencia; un cierto día hubo un contrato entre los hombres y nació la sociedad. Después seguirán las doctrinas naturalistas condenadas por Pío IX y León XIII y rechazadas por la recta razón.

Estas teorías, naturalmente han entorpecido el desarrollo de la filosofía tomística, porque Gil Fortoul es un escritor muy conocido de propios y extraños. No obstante la experiencia que Europa nos ha dado, nos promete que en América han de morir bien presto las doctrinas transformistas. En distinta escuela se formó.

*Juan Pablo Franco.*--Nació en Maracaibo el 25 de enero de 1873. Recibió las borlas de doctor en la universidad de los Andes, el 11 de febrero de 1891, estrenando la dicha universidad con un trabajo titulado *La física y la química están en armonía con la filosofía escolástica*, en el cual se desarrollan las siguientes tesis tomísticas: las ciencias naturales no pueden separarse de la metafísica, que es como el espíritu que las vivifica (1); el método tiene dos procedimientos: análisis y síntesis (2); el elemento es lo primero en la síntesis y lo último en el análisis (3); lo primeramente creado fueron los elementos (4); el mundo fue creado de la nada, libremente y por Dios (5); los cuerpos constan de materia prima y forma substancial, y la materia prima es susceptible de recibir sucesivamente varias formas substanciales (6); el espacio es un ente real y no la extensión de los cuerpos (7). Hasta aquí el doctor Franco sienta las tesis tomistas con robusta argumentación y amplitud de criterio, trayendo, de vez en cuando, algunas observaciones que nos parecen originales.

Pero lo que al espacio se refiere es de suyo obscuro para el conocimiento reflejo, y es materia en que

(1) Pág. 1.

(2) Pág. 2.—(3) Pág. 8.—(4) Pág. 8.—(5) Pág. 7.—(6) Pág. 16--(7) Pág. 12.

la imaginación estorba más que suele en los estudios abstractos.

Parécenos que Franco tiene razón al afirmar contra el Padre Ginebra (1) que el espacio no es la extensión de los cuerpos, porque el cuerpo se mueve sin cambiar de extensión, y si el espacio real es la misma extensión, resulta que un cuerpo se mueve sin cambiar de *espacio*, de *lugar*, de *término*: un absurdo, porque entre espacio y lugar no hay sino una distinción virtual.

Pero si el espacio es un ente real y no la extensión de los cuerpos, dice Franco (2), ha de ser una substancia; *porque donde no hay cuerpo alguno ponderable, hay el espacio, que es una substancia capaz de contener a las demás y de subsistir con su propia extensión, independientemente de las demás.*

Aquí hay un sofisma. La palabra *ponderable* puede tomarse en dos sentidos: donde no hay cuerpo *extenso*, no hay espacio, no porque el espacio sea la extensión, sino porque un cuerpo no extenso, carece de partes fuera de partes. Ciertamente que pudiera objetarse que el éter es un cuerpo *imponderable* y que ocupa espacio, como observa el doctor Franco (3), pero entonces raciocinamos así: o el éter está *en sí*, o *en otro como en su sujeto*. Si lo primero, para ocupar los espacios planetarios, ha de tener partes fuera de partes, será extenso, y el espacio será un accidente que reside en el éter. No será substancia. Si lo segundo, si el éter reside en otro cuerpo como en su sujeto, en ese otro cuerpo residirá también el espacio. Al considerar las cosas de otro modo, habríamos de considerar una serie infinita de espacios, los unos contenidos en los otros (4).

(1) Ginebra--Cosm. n. 64, III.

(2) Pág. 14.

(3) Pág. 14.

(4) R. M. Carrasquilla. Metaf. n. 192.

Actualmente el doctor Franco dirige la conocida revista *Los Andes*, célebre por su seriedad y por la originalidad de los estudios científicos que en ella aparecen. Franco contrajo matrimonio en Colombia, y su índole inquieta lo llevó a las filas legitimistas que sostenían el gobierno contra la revolución de 1895, en nuestra Patria.

*Adolfo López.*—No poco conocimiento de las ciencias naturales demuestra este sacerdote en el folleto titulado *Flora del Evangelio*, en el cual, de trecho en trecho, brilla una ráfaga de filosofía tomística, como para dar fundamentos y unidad a tan original escrito.

Termina el siglo XIX con una rica floración de la tomística. Habíasele opuesto primero el dique de la tradición cartesiana, pero la verdad no soporta diques; luego quiso esterilizar la tierra venezolana el espectro de la revolución, pero en la paz y tranquilidad de las universidades y colegios, se desarrolló grandemente, y hoy como que presiento su triunfo completo. Mas no quiero aquí terminar, pues no puedo olvidar al Ilustrísimo Juan Bautista Castro, Arzobispo de Caracas, para desgracia de la tomística muerto en 1915, autor de unos *Elementos de filosofía*, basados en Ginebra. Y como quiera que el Padre Ginebra sea el maestro a quien siguió el Ilustrísimo Señor Castro, y acaso sea el filósofo que más influencia tiene en Venezuela, precisa aquí juzgar sus doctrinas y, así, quedaránlo implícitamente las del Señor Castro, en la generalidad de los asuntos.

Nació Francisco Ginebra en Vich, el 7 de junio de 1839. Ingresó a la Compañía de Jesús el 21 de octubre de 1859. Fue profesor en los colegios de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires. Ordenado sacerdote en 1871, fue enviado a Chile en 1873 y enseñó filosofía en Santiago durante veinticinco años: de 1874 a 1899. Dejó escritas tres obras: *Democracia cristiana*, *Acción de los católicos* y *Elementos de filosofía*, llamados por Perrier

*the most important contribution of South America to the cause of neo-scholasticism.* Murió en Santiago el 26 de enero de 1907.

No negamos al Padre Ginebra muy buena voluntad para con la tomística, pero sus *Elementos de filosofía*, buenos en muchas cosas, adolecen de graves defectos en otras en que el autor se aparta de la tradición de la escuela.

A dos problemas importantísimos da el Padre Ginebra una solución en nuestro concepto errónea: es el primero sobre los fundamentos de la ciencia, y el segundo sobre los fundamentos de la ideología. Planteemos el primer problema, que ha de rebatir a los escépticos.

Los antiguos escolásticos, desde Aristóteles a Santo Tomás, juzgaron que con los escépticos no debía discutirse, sino que lo mejor era abandonarlos *como a troncos estúpidos*, según la enérgica expresión de Aristóteles. Pero Tongiorgi, Polvant y Ginebra, interpretando mal a Balmes, relegaron el excelente método tradicional en la escuela, para fundar el llamado de las *tres verdades primitivas*, a saber: tres son las verdades que en filosofía deben presuponerse: la propia existencia, el principio de contradicción y la veracidad de las facultades. Y lo peor de todo es que, no contentos con decir que esta es su personal opinión, llaman a este sistema *dogmatismo escolástico*, siendo así que *ninguno de los escolásticos de la edad media ocurrió jamás a las tres verdades primitivas* (1). Y háse entendido aquí por verdades primitivas, aquellas sin las cuales se destruye toda ciencia.

En este Colegio Mayor aprendemos, lo mismo que los alumnos de Lovaina, en conformidad con Aristóteles y Santo Tomás, que el primer principio, esto es,

(1) Mercier--Crit. Gen. p. 456. Ap. 1.

aquel en que se funda la veracidad de los demás y que suprimido nada puede conocerse ni demostrarse; es el principio de contradicción (1). De tal manera que debemos descartar de la discusión este principio, por opinar en este particular como Ginebra. Antes, empero, observamos que el principio primero se puede enunciar de dos maneras: afirmativamente, *lo que es, es*, y negativamente: *una cosa no puede ser y no ser lo mismo al mismo tiempo*. En el primer caso se llama principio de identidad. Nos apartamos de Ginebra aquí también, porque afirma que *el principio de identidad no puede tener ningún valor científico* (2).

Queda, pues, la discusión reducida a la siguiente cuestión: ¿La propia existencia y la veracidad de las facultades son verdades sin las cuales se destruye toda ciencia?

a) *La propia existencia no es fundamento de ninguna verdad, sino conditio sine qua non de las verdades del orden real*. En efecto: la verdad metafísica es la conformidad del sér con el arquetipo divino de donde procede. ¿Qué tiene aquí que ver mi propia existencia? Antes de que yo existiera había verdades metafísicas.

La verdad moral es la conformidad del signo con lo significado. Es objetiva y subjetiva. La primera indica una conformidad independiente de mi existencia, según su definición. La segunda se reduce a la verdad lógica, que vamos a examinar, y que se define conformidad del entendimiento con la cosa. Para que haya *conformidad*, dicen los partidarios de la teoría que impugnamos, se necesita que existan el entendimiento y la cosa, y quitado el entendimiento, se suprime esa conformidad, luego la existencia del entendimiento, la propia existencia, es el fundamento de la verdad lógica.

(1) R. M. Carrasquilla. Met. n. 32 S. Thom. Summ. Theol. 1.º 2.º q. 94 a 2. c. Arist. Metaph: L. 4.º

(2) Ont. P. I c. 1 art. II, n. 18-1.

Además, ¿cómo pudieras tener una verdad, si no existieras? Esto a simple vista parece concluyente; pero sólo prueba que la propia existencia es *conditio sine qua non* de las verdades reales, porque su fundamento está en el entendimiento divino próximamente y remotamente en la esencia divina. Por eso son admirables estas palabras de Mercier: «la verdad lógica es sin duda la conformidad de nuestros conceptos con los seres; pero en último análisis, puede definirse como la conformidad de nuestros pensamientos con las ideas divinas» (1).

b) La veracidad de las facultades no es fundamento de ninguna verdad, porque las facultades se distinguen por los objetos formales; éstos son anteriores a aquéllas, luego mal puede la veracidad de las facultades ser el fundamento de seres que existían antes de ella, pues en las facultades cognoscitivas el objeto es la verdad.

Pasemos ahora, al segundo e importantísimo problema:

Dice Ginebra: «Especie inteligible es la representación ideal que hace las veces del objeto y determina la facultad a conocer. La especie inteligible es el medio que determina el entendimiento a entender» (2).

Esta doctrina aísla del mundo externo y conduce al ultraespiritualismo; porque si la especie hace las veces del objeto, yo no puedo conocer sino especies, e inútil será hablarme de cuerpos, pues mi entendimiento, que al nacer yo era *sicut tabula rasa unde nihil est scriptum*, sólo ha conocido especies que hacían las veces de los objetos y que le determinaban a entender. Y en vano se alegrará con Balmes (3), que mediante el principio de causalidad, podemos afirmar que las especies corres-

(1) Crit. n. 27.

(2) Psic. P. I. c. III, art. II, n. 68-1

(3) Filos. Fund. T. I, L. 1-2.

ponden a los cuerpos. ¿Pero a qué cuerpos? Yo, que no conozco sino imágenes, ¿cómo puedo afirmar que es esto lo que para mí ha sido un misterio?

Santo Tomás escribió que las especies no eran lo entendido o conocido (*id quod*), sino el medio (*id quo*). Ginebra, suprimiendo una *d*, hace a la especie objeto y medio del conocimiento. No nos ocupamos de los pecados veniales del escritor chileno, porque no nos lo permite el tiempo, y porque la mayor parte no valen la pena. Vaya un ejemplo: «El espacio real del mundo es limitado y por lo mismo podría ser mayor; luego más allá del mundo hay el vacío absoluto» (1). ¿Pero en dónde es *más allá* del mundo?

En cambio de esto, fuerza es admitir que la ética del Padre Ginebra es la parte más buena de su obra. La ortodoxia de la doctrina y la robustez del raciocinio, la ponen como una de las primeras publicaciones de América, en el género.

Tampoco es para olvidado el eminente sacerdote zuliano don Francisco J. Delgado, autor de *In principio*, opúsculo publicado en 1903, en el cual defiéndese el *Génesis* y en cuyas páginas se hermana el conocimiento de las ciencias físicas a la profundidad de las doctrinas metafísicas.

El doctor Delgado, no contento con afirmar la verdad del relato de Moisés, dedica diez capítulos de su simpático libro para exponer admirable y sobriamente las doctrinas del Angélico Doctor, sobre el origen de la vida, unidad y simplicidad del alma humana, su inmortalidad, los errores del materialismo, el origen y antigüedad de la humanidad.

Delgado es, como Dagnino, analista. Creo que sus ideas pudieran reducirse a dos frases: el creyente no

(1) *Cosm.* n.º 68.

debe temer lo desconocido (1); creer sólo por creer, ni es racional, ni es católico (2).

Así puede, con sobra de razón, afirmar estas palabras: «La ciencia, de que tanto alardean los impíos, se vuelve contra ellos mismos; la misma ciencia que ellos invocan con pasmosa presunción, los convence de mala fe o de ignorancia» (3). Uno de los capítulos que más nos agradaron fue aquel (4) en que demuestra insuficiencia de las ciencias físicas y la necesidad de la metafísica, de *la ciencia madre*, para estudiar las causas supremas del universo.

Paga también su tributo a la metafísica el señor A. Briceño Valero, autor de los *Factores Etnicos de la raza hispano-americana*, sobre todo en el capítulo II, titulado *Origen de los habitantes precolombianos del continente americano*, publicado en Maracaibo, en 1910.

Hé aquí algunas de las afirmaciones del señor Briceño:

«Todos los hombres descienden de un solo padre (5); las diferencias que representan las razas humanas no se elevan a la categoría de distinciones específicas (6); la *esencia* del hombre permanece idéntica a través de los cambios *accidentales*» (7); y como si se hubiera inspirado en aquel pasaje del Aquinate, donde se lee que lo supremo de lo ínfimo se toca con lo ínfimo de lo supremo (8), enseña Briceño que hay entre los seres creados una especie de escala, pero que es preciso distinguir el *esse* del mero parecido (9). En fin, son dignas de reproducirse estas palabras: «El *Génesis* es el

(1) Mercier. *Lóg.* n. 37.

(2) Vosen *El crist. y las impug. de sus advers.* L. III, c. I, pág. 273.

(3) C. III.--(4) C. III.

(5) Pág. 45--(6) Pág. 46.--(7) Pág. 48.

(8) *Contra Gentes*, L. II, c. 68.

(9) Pág. 47-48.

único auténtico y verídico documento con que cuenta la historia universal en la antigüedad, y a sus etnológicas informaciones han apelado todos los historiadores, cuando han necesitado explicarse el origen de las naciones; y como libro científico, está en armonía con las verdades de la geología, con sólo mutación de términos sinónimos, o con sustitución de los particulares con otros técnicos de la ciencia moderna. El *Génesis*, como guía en el estudio del hombre americano, es luz preciosa, compañero infatigable, verídico y sincero» (1).

Y aquí es fuerza despedirnos del benévolo lector, no sin advertirle que actualmente se lee filosofía en las universidades de Mérida y Caracas; pero principalmente en los seminarios del Zulia, Barquisimeto, Calabozo, Ciudad Bolívar, Mérida y Caracas, por Zigliara, Vallet, Ginebra y Castro (2).

\* \* \*

No sé si me engañe el cariño que profeso al *genio que há seis siglos se sienta en la cátedra de la sabiduría, sin que Dios le haya concedido ni sucesor, ni rival* (3); ignoro si sólo sea una mera ilusión de mis veinte años, pero cuando pienso en Lovaina, el Rosario, San Pablo y San Jacinto (4); cuando considero la meritoria labor de los hijos de Don Bosco en el Uruguay y la Argentina, en los sabios trabajos de los sucesores de La Salle; cuando desfilan por mi memoria los nombres de Mercier, Nys, Carrasquilla, Armaiz, Restrepo Her-

(1) Pág. 24-25.

(2) Cf. Anuario Estadístico de Venezuela--1909, p. 304 y 305.

(3) Lacordaire. Disc. pour la transl. du chef de S. Th. d'A.

(4) El texto que en este colegio de Santiago se lee, titúlase *Curso de Filosofía*, y fue publicado en 1905 por los H.H. de las E.E. C.C., 2 T., más de 1200 páginas, superior a Ginebra por la doctrina y por la excelente Historia de la Filosofía que forma la mitad del segundo tomo. Como texto, baste recordar que los hijos de la Salle van a la vanguardia en achaques pedagógicos.

nández, Dagnino, Ochoa, Ginebra, siento un secreto entusiasmo que me lleva a creer que la tomística será poderoso lazo para unir los elementos de la raza latina, que ha de ser cristiana por el corazón y tomista por el pensamiento.

Y si los americanos no fuéramos tan dados a prejuicios insensatos; si sintiéramos, más que decimos, la necesidad de la unión, ¿al rededor de qué bandera más ilustre por el abolengo, como noble por las ejecutorias, podríamos gritar: Somos los herederos de los ideales latinos?

Y no valga en contra de esto el que sea nuestro idioma el rico de Castilla; porque si el arte de decir es inseparable de la ciencia de pensar, ¿de qué nos valdrá el mismo ropaje para diversas ideas?

Pero, hecha justicia a los colegas venezolanos, sólo nos corresponde, por ahora, felicitarlos y admirarlos.

J. F. FRANCO QUIJANO

## DISCURSO

### DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Tenéis costumbre vosotros, los que cursáis las aulas y hacéis vida de reglamento y de labor lejos de la caricia y del halago de los seres predilectos del alma, de anhelar este día en que se pone tregua a la aplicación y se premian los esfuerzos. Miráislo como cumbre dorada, en donde termina lo austero de la disciplina; en donde se respira el libre ambiente del entusiasmo; en donde una aura de confraternidad entrelaza los corazones. Tenéislo por día clásico de la vida y lo esperáis con regocijo como suceso fausto, como caricia